

El nuevo siglo y los “cosmopaletos”

Nadie discute que la humanidad acaba de entrar en el siglo XXI, en el tercer milenio. Pero, en un mundo en que casi nada es lo que parece, incluso esto es algo muy relativo. Depende del calendario y de la religión de cada uno: ni los judíos, ni los islámicos, ni los chinos, ni los mayas... han inaugurado el año 2001. Unos están en el cinco mil y pico, otros andan por el mil trescientos y tantos... Pero es, sin duda, constatable que en casi todos los lugares del planeta se han celebrado las doce campanadas del último día del último año del último siglo del segundo milenio... europeo y estadounidense. Es esto así porque el calendario, y no sólo el calendario, del 20 por ciento de la población mundial (el Norte), que posee casi el 87 por ciento de la riqueza, se impone abrumadoramente sobre los calendarios, y sobre casi cualquier otro elemento propio, de quienes integran el resto del mundo (el Sur), aún siendo estos el 80 por ciento de la población. Y es que, como esta inmensa mayoría goza sólo de poco más del 13 por ciento de la riqueza, apenas cuenta.

En el Norte, al que solemos llamar Occidente, los últimos días de nuestro siglo se han caracterizado por múltiples declaraciones de abierta autocomplacencia por parte de los gobernantes. Todo, o casi todo, va bien en su ámbito de responsabilidad. Tanto Andalucía, como España, como Europa, como los Estados Unidos –tan reciente la chapuza bananera de sus elecciones presidenciales–, como Japón o Australia, van bien. El resto del mundo, qué importa. Incluso si se señala que va mal, eso no hace sino reforzar la sensación de lo bien que vamos nosotros. Sin que, además, tengamos culpa alguna del mal ajeno: ¿no hemos creado infinitas ONGs para llevarles “ayuda humanitaria”? Hace ya más de once años que cayó el muro de Berlín y que triunfó, para siempre jamás, se nos dice, el sistema capitalista-liberal. Es este el único modelo económico, político, social y cultural existente no sólo en la realidad sino incluso en el pensamiento, se nos afirma cada día. Todo cuanto no responda a su lógica es mero atavismo, signo de atraso, supervivencia a superar, cuando no irracional, maligna o incluso criminal obstaculización del progreso y la modernización. Que, de todas formas, se extenderá por todos los rincones y aspectos del mundo y de la vida humana.

No importa, por ejemplo, que en vez del muro de Berlín exista hoy la fosa común del Estrecho. ¿Sería oportuno comparar, por ejemplo, el número de muertos anuales de quienes intentaron cruzar aquel y fueron abatidos por las balas, con el número de quienes han muerto en el Estrecho, en estos últimos años, abatidos por las no menos mortíferas armas para defender el bunker europeo que son nuestras Leyes de Extranjería? En la Alemania Oriental se utilizó el ejército, criminalmente, contra quienes, al saltar el muro, pretendían conseguir la libertad. Que es la misma meta –sea una meta real o tenga mucho de espejismo, en uno y otro caso– a la que aspiran los magrebíes y subsaharianos que pretenden poner en práctica el artículo 13 de la Declaración Universal de Derechos Humanos: “*Toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado*”. ¿No sería justo calificar también de criminales las leyes que obligan a tantos a jugarse la vida para llegar a nuestras costas? Para Mayor Oreja y la mayoría de *nuestros* legisladores, los “sin papeles” no son personas, y por eso no tienen los derechos reconocidos a estas. Para Chaves, nuestra misión es evitar que mueran en nuestras playas –en el mar parece importar menos–, y para ello no se le ocurre otra cosa que la intervención del ejército para dar una recepción “humanitaria” a quienes llegan exhaustos y van a ser inmediatamente expulsados.

Todo va bien. Y lo que no va bien del todo –el empleo, las prestaciones sociales, la pesca, la enseñanza, los ghettos ciudadanos, la convergencia con otros países y regiones, nuestro papel en el ámbito europeo, y otros muchos etcéteras- se oculta o niega con el mayor cinismo, o se minimiza afirmando que avanzamos... sin reconocer que, en casi todos los órdenes, avanzamos hacia atrás. Y se extiende el *cosmopaletismo* (un feliz término acuñado por el filósofo Javier Murgueza), que es la versión vulgarizada del *pensamiento único* para uso de esa masa despojada de identidad y de valores que también sufre, en nuestro Norte, las consecuencias de la puesta de la política al servicio de los intereses económicos globalizados, pero que no sabe la raíz de sus problemas. Los *cosmopaletos*, tanto los de “centro-derecha” como los que creen ser “progresistas”, rinden culto a Internet, a los teléfonos móviles, al último avance tecnológico, al ritual de las elecciones, al consumismo y a otras muchas cosas, sin preguntarse para qué sirven y cómo aprovechar sus posibles utilidades. Tachan de nostálgicos, de retardatarios, a quienes plantean, por ejemplo, como una necesidad la aplicación de políticas preventivas hacia los alimentos transgénicos, hacia los depósitos de residuos tóxicos, hacia la energía nuclear, hacia la agricultura química... Su máxima es que mientras no se demuestren los efectos negativos de cualquier novedad, hay que aceptarla sin prevención alguna. No hay, por tanto, que exigir a las transnacionales que inviertan en investigaciones para demostrar la imposibilidad de esos efectos, que, luego, cuando suceden, son llamados “incidentes”, como en Chernobil, “accidentes”, como en la balsa de la mina de Aznalcóllar, o enfermedades que no deben causar alarma social, como en el caso de las “vacas locas”.

Aunque los predicadores del neoliberalismo afirmen lo contrario, las desigualdades entre países y colectivos sociales son hoy, al inicio del siglo XXI, mayores que las existentes a comienzos del XX. Esto es válido incluso allí donde todos hemos avanzado en términos absolutos (en el Norte), porque las distancias, en riqueza y en poder, se han agrandado espectacularmente entre una minoría cada vez más poderosa, y crecientemente fusionada, y una gran mayoría con un futuro lleno de incertidumbres, cuando no con un presente de marginalización y pobreza. A tanto *cosmopaleto* encantado de haberse conocido, recordemos hoy que nuestros bisnietos o tataranietos tienen también el derecho de poder celebrar el próximo cambio de siglo. Y ello sólo será posible si les transmitimos un mundo vivible, con menos desigualdades e inhumanidad que el nuestro.

ISIDORO MORENO

Catedrático de Antropología de la Universidad de Sevilla